

La historia de Diego Muñoz Camargo

L U I S B A R J A U

DE LOS TRES procesos y procedencia de las fuentes escritas en el siglo XVI, las españolas, las de principales indígenas y las de hijos de españoles e indígenas, son estas últimas de especial interés porque conjugan información testimonial de importancia, correspondiente a ambos bandos, proporcionando con ello una visión nueva sobre la historia prehispánica, la conquista y los inicios de la etapa virreinal. Es el caso de las obras de Diego Muñoz Camargo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la Conquista*, y otros documentos

La *Historia de Tlaxcala* de Muñoz Camargo fue editada en el 2013 por la Universidad Autónoma de Tlaxcala y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), con paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García y colaboración de Javier Lira Toledo, con base en el Manuscrito 210 de la Biblioteca Nacional de París. Muñoz terminaba su obra hacia 1591, pero la primera noticia y uso del texto se debe a fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana* que concluyó en 1611, veintidós años después del original tlaxcalteca.

Esta comunicación que hoy expongo tiene el propósito de mostrar, mediante la obra de Muñoz Camargo, los orígenes de la crónica literaria mexicana, no sólo porque se trata de un autor que es hijo de español e indígena, un nuevo paradigma en tanto que observa la historia prehispánica y la Conquista, sino porque el estilo que recorre su obra es singular y literario, aunado a la visión del historiador.

La literatura, al igual que los mitos, nace de situaciones coyunturales. Y según el peso que tienen ciertas etapas históricas, su consigna literaria se repite en formas intermediarias de la realidad y la ficción. La *Ilíada* y la *Odisea* se crearon alrededor del octavo siglo

antes de nuestra era, en el momento mismo de la transición del mito oral a la escritura. Esta literatura fue fundacional porque apareció con la escritura que la fijó. Formó un código cristalizado por escrito.

Las formas intermediarias de la transición originaria se dan, precisamente, en coyunturas históricas que cambian de una situación social a otra. Así apreciamos una literatura de la Revolución Mexicana; otra de la Revolución Rusa; otra de la Guerra Civil Española, etcétera.

Así nació en México la literatura mexicana, por efecto de la intervención española del siglo XVI, de la que un capítulo especial fue la narrativa de las fuentes mestizas. Diego Muñoz Camargo es un ejemplo brillante de esos orígenes de la narrativa mexicana.

La historia de Muñoz da cuenta de los sucesivos encuentros de tlaxcaltecas y mexicas y de ella cabe destacar un suceso que, por su rareza esotérica, no podemos más que vislumbrarlo como un episodio legendario propio de los gérmenes de la literatura. Tal es la leyenda de Tlahuicole, que ha sido estudiada por el historiador Ernesto de la Torre (1994).

Nacido en 1497, Tlahuicole fue un guerrero otomí avecindado en Tlaxcala, pues hubo un grupo de otomíes que el reino de Tlaxcala protegió dándole tierras, con objeto de poder usar sus servicios de mercenarios.

Tlahuicole era un guerrero de baja estatura, pero dotado de una fuerza física y de una habilidad en la contienda de guerra que no se habían visto en toda Mesoamérica. Usaba un *macuabuitl*, la espada guerrera que era un palo labrado, con una hilera de lascas filosas de obsidiana incrustada en los costados. La leyenda indicaba que su espada era de tal tamaño y peso que nadie más que él podía usarla. Del lado del bando de los tlaxcaltecas, peleaba contra huejotzincas y mexicas, cuando en el trájín de la batalla se vio obligado a cruzar en medio de un lodazal donde quedó inmovilizado y sumergido hasta la cintura y los enemigos pudieron atraparlo mediante redes. Hecho prisionero, amarrado y custodiado por un recio escuadrón fue transportado hasta la ciudad de México-Tenochtitlan.

Como era usual en aquellas circunstancias, el reo fue preparado para el ritual del sacrificio gladiatorio sobre una pesada piedra circular labrada, en cuyo centro la víctima era atada por el tobillo; como defensa tenía un garrote, pero sin las filosas obsidianas, para defen-

derse de experimentados gladiadores que lo atacarían bien pertrechados hasta matarlo. Tlahuicole se defendió y logró vencer a 20 hábiles guerreros y los dejó tendidos. Los jueces dieron por concluido el rito y premiaron a tan hábil y fuerte contrincante. El tlatoani festejó la proeza y ofreció la libertad a Tlahuicole. Pero el guerrero no la aceptó argumentando que no podía regresar a Tlaxcala porque sería considerado allí como traidor a su patria. Enseguida el tlatoani le propuso dirigir como general a un escuadrón de guerreros mexicanos que habrían de combatir en guerra contra el reino puréhpеча de Michoacán. Tlahuicole aceptó e hizo la guerra a un escuadrón del ejército de aquella región, sometiéndolo y atrapando a muchos principales para ser llevados al sacrificio en la ciudad mexicana.

Satisfecho con su triunfo, el tlatoani de México volvió a ofrecerle la libertad, esta vez con la opción de escoger cualquier sitio del reino o la posibilidad de exiliarse en otras regiones, pero el héroe declinó tal oferta arguyendo que prefería morir sacrificado. Mientras tanto vivía con todos los honores en la ciudad de Tenochtitlan y pidió que trajeran a su esposa del reino de Tlaxcala donde habitaba, porque era de su preferencia a pesar de que entre los bienes que se le ofrecía se incluía el de mozas principales para su convivencia. Su esposa tlaxcalteca visitó a su consorte en varias ocasiones. Antes del sacrificio, como había pedido Tlahuicole, le hicieron un gran banquete y como plato principal le dieron un potaje muy apreciado que consistió, como especial distinción, “en la natura de su mujer” que había sido guisada. Este hecho legendario descrito en tal manera por algunos cronistas y principalmente por Diego Muñoz Camargo, cuyo conocimiento directo de la cultura indígena lo autoriza, fue estudiado recientemente por algunos historiadores. No obstante, su consigna en la historiografía mexicana, su oculto significado permanece hasta nuestros días como un muro de incomprensión de la idiosincrasia y cultura antigua de las sociedades y de las mentalidades mesoamericanas. Cabe, pues, su afiliación impenetrable en el ámbito de la leyenda, de la mitología y, en última instancia, de los orígenes complejos de la literatura mexicana, como un elemento primario de ficción correspondiente a las obras arcaicas del género, similar a las que se consignaron en el viejo mundo.

Los chichimecas mayores, o teochichimecas, o tlaxcaltecas que vinieron del norte, empezaron a dominar muchas comarcas y se atrincheraron en las sierras llamadas de Tepeticpac. Después éstas mismas fueron llamadas Texcalticpac. De este nombre derivó Texcalla y por fin Tlaxcalla. Y estos tlaxcaltecas tuvieron dos guerras mayores, donde comenzó la animadversión con los mexicas. Y la causa fue que ambos competían por las tierras que antes pertenecieron a otros grupos.

La primera guerra con los mexicas fue cuando estos los quisieron expulsar de Poyauhtlan, a orillas del lago de Tezcoco, donde habitaban. La segunda fue con los huejotzincas, apoyados por los mexicas, que los asediaron hasta las faldas del Iztaccíhuatl donde se habían refugiado. En esa guerra los tlaxcaltecas mataron a Tlaca-huepan, hermano de Moctezuma, un hecho más que se agregó a la cuenta de la enemistad tlaxcalteca-mexica.

En esta segunda guerra los tlaxcaltecas se valieron de un rito para ganarla, que consistió en conseguir a una virgen que tenía un pecho más grande que el otro. En el templo del dios Camaxtle “le dieron a beber un bebedizo medicinal” y del mayor pecho obtuvieron una gota de leche que depositaron en un recipiente de vidrio culminado por un cuello de madera negra, llamado “vaso de Dios”. Junto a este recipiente colocaron puntas de flechas y varas separadas y todo ello cubierto con ramas de laurel. Era la ofrenda o sacrificio para el dios. Y aparte le ofrecían papel cortado, espinas, tabaco, cordones, serpientes y conejos que degollaban. El sacerdote mayor, Achcauhtli, empezaba a orar y a incensar en la mañana, al medio día, al atardecer y a la media noche, vigilando el vaso durante tres días. Pasaron esos días y la gota de leche pareció secarse. Pero cuando empezaron a acercarse los enemigos, la gota creció espumante hasta derramar el vaso; las puntas de flechas aparecieron ensambladas a sus varas y esa fue la señal del ataque a los huejotzincas.

Cito completo el parágrafo 90 de la página 95 de la *Historia de Tlaxcala*, donde se describe con estilo literario claramente épico un momento de la batalla:

Allí las piedras duras con las tejidas hondas despedidas, que con tempestuoso estruendo ofendían, y con sus duros golpes por los aires

se despedazaban y deshacían de los encuentros que se daban; allí el torbellino de las saetas y varas tostadas que se arrojaban, los brazos desnudos y verbosos con amientos de palo corvados y duros, que el claro día oscurecían con espesa polvareda que el diáfano y cristalino aire espesaban, entretejiéndose unos con otros, que los rayos del sol impedían con su velocidad y furia brava, que el campo belicosísimo asombraba, según la muchedumbre de tiros y saetas que por los aires volaban con increíble ímpetu y espesura; pues del daño y ofensa que de la una y de la otra parte se hacían, la sangre vertida y derramada de los miserables cuerpos muertos y heridos, que por los cerros y collados corría, que como avenida de agua llovida puede ser comparada, que por imposible caso supone poder contallo (Muñoz Camargo, 2013).

Como es observable en este pasaje, por el ritmo que ostentan las frases es posible ensayar su disposición en verso con objeto de evidenciar la raigambre literaria extrema que conservan.¹

La narración continúa: apareció en el campo de batalla una niebla espesa y oscura donde los contendientes se mataban a ciegas. Pero los tlaxcaltecas lograron apresar vivo a un enemigo y lo llevaron hasta el templo de Camaxtle. Y en una ceremonia, lo sacrificaron sacándole el corazón que ofrecieron al cielo y de inmediato lo desollaron y su piel se la vistieron atándola con tripas a la espalda, a un joven danzante llamado *chipe*. El rito culminó cuando el sacerdote mayor vertió sobre el disfrazado todo el vaso con la leche espumante de la virgen.

Esta extraña creencia mística contenida en la obra de Diego Muñoz Camargo, impenetrable desde cualquier perspectiva teórica, al menos permite resumir sus principales elementos con objeto de ofrecerlo a futuras interpretaciones. Y así obtenemos que, ante la guerra inminente, los grandes sacerdotes deciden buscar una virgen dotada de un seno mayor que el otro. Del cual obtienen apenas una gota de leche que depositan en el vaso de Dios. Al lado de la ofrenda disponen las piezas separadas que constituyen las armas de guerra.

1 Para ello pedí un examen retórico al editor y poeta Víctor Manuel Mendiola, el cual podrán ver en el anexo a este trabajo.

Las cubren con hojas de laurel. Cuando se da el encuentro de los batallones enemigos la leche colma el vaso y las piezas de las armas se ensamblan solas. Después del triunfo sobre el adversario hay una segunda secuencia ritual con el sacrificio de un guerrero capturado vivo al cual sacrifican y desuellan para que un danzante vista su piel. Entonces lo bañan con la leche del vaso de Dios.

El esoterismo de este evento impenetrable y que sólo fue del conocimiento de los sacerdotes participantes, que no dejaron explicación, ni simbolizada en códices, ni en la tradición oral, solamente arraigó y se conservó en estos aspectos excéntricos de la narrativa literaria de las crónicas antiguas.

Así la victoria en la guerra fue de los tlaxcaltecas. Los mexicanos que acudieron para auxiliar a sus aliados huejotzincas partieron derrotados. Resultó entonces que el conflicto mexica-tlaxcalteca, la ulterior alianza indígena con Cortés y la conversión al cristianismo fueron tres momentos esenciales de la Conquista.

El origen hispanoamericano del cronista Muñoz Camargo es factor de mucha importancia para entender los cimientos intelectuales del país que se perfilaba de manera embrionaria en territorio mesoamericano. Su mentalidad, sus contrastes, su ideología, su imponderable idiosincrasia. De este autor obtenemos un ejemplo vivo del arduo problema de la conversión religiosa y sociocultural.

Se sabe que la referencia canónica de la conversión religiosa como modelo teológico es la de Saulo de Tarso, el hebreo que se convirtió al cristianismo para después ser San Pablo. Su conversión se refiere también como la *caída en el camino de Damasco* (*Hechos de los apóstoles*, 9, 1-18; Primera epístola a los corintios 15, 8-9). Saulo tenía la consigna de perseguir a los cristianos de Damasco y, yendo a caballo para cumplirla, le cayó un rayo que lo dejó ciego y escuchó una voz que dijo: “¿Por qué me persigues?”. Al llegar a Damasco, el cristiano Ananías le impone las manos en la cabeza y con ello recupera la vista. A partir de eso se concreta su conversión; es bautizado y catequizado. El enunciado “el camino de Damasco” se tornó sinónimo de la conversión.

En el siglo XV español la expulsión de moros y judíos decretada por la reina Isabel provocó que muchos judíos se hicieran conversos.

Algunos nombres que perduran son los de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina, traductores de la Biblia al español, y el del filósofo Luis Vives, para hablar de casos imperecederos.

En América, al siguiente siglo, el fenómeno de la conversión se expresó de modos diversos: en 1511 Gonzalo Guerrero, el náufrago andaluz vecindado en Chetumal se convirtió a la religión y costumbres de los mayas; ocho años más tarde la Malinche se convirtió al cristianismo; a partir de 1529 Diego Muñoz Camargo, hijo de noble tlaxcalteca y padre español, fue bautizado como cristiano. Miles de indígenas fueron bautizados después de la Conquista bajo el rito católico. Pocos voluntariamente; la mayoría por imposición del nuevo régimen.

La adopción de la cultura occidental representada por los españoles fue absoluta en el caso del cronista de Tlaxcala. Los señalamientos autorreferenciales en el texto de Muñoz no dudan en destacar la preferencia de la cultura conquistadora. Así, hablando de los españoles, con frecuencia Muñoz señala referentes de identidad expresados como “los nuestros”; por el contrario, hablando de los tlaxcaltecas: “los ayunos de estas gentes”, “todo lo había de sufrir según su costumbre”, a “media noche, que llamaban los naturales yohualnepantla ticatla”, “fiesta que hacían a sus ídolos y falsos dioses”, “cruelles y sanguinolentos sacrificios de hombres humanos que sacrificaban con cruelles cuchillos de pedernales agudísimos y afilados, para abrilles aquellos pechos miserables, y arrancalles los vivos corazones con las manos de los rabiosos carniceros y pésimos sacerdotes”.

Hay infinidad de referencias de este orden, que expresan la absoluta voluntad del autor de diferenciarse por completo de la cultura y del pueblo tlaxcalteca, y su preferencia por el mundo hispano. ¡Pero, a pesar de esta distancia establecida con los indígenas, conservó vínculos de parentesco con Ocotelulco y Tizatlan! Y así, casó con Leonor Vázquez, mujer principal de la casa de Maxixcatzin. Y con sus descendientes estableció una familia poderosa. La madre indígena de Diego Muñoz, doña Juana de Navarra, era principal. El hijo del cronista, de nombre igual al suyo, casado con Francisca Pimentel Maxixcatzin, heredera de la cabecera de Ocotelulco y des-

endiente de gobernantes texcocanos, fue gobernador de Tlaxcala. Una verdadera vocación de encarnación de ambas fuentes culturales, pero denotando su preferencia por lo español.

En todos estos hechos, aunque en este caso se trate de un principal indígena-español, podemos entrever la compleja y tortuosa mentalidad del hombre nuevo, nacido de la unión de seres pertenecientes a las dos culturas entrelazadas, la occidental española y la mesoamericana.

Un momento principal en los antecedentes de la conversión indígena a la cultura y religiosidad católica se encuentra, dramáticamente, en las conversaciones iniciales de los cuatro representantes de las cabeceras tlaxcaltecas con el capitán Hernán Cortés. En una de estas los caciques aludidos se expresaron de la siguiente manera:

Que os declaréis con nosotros en decirnos y declararnos sin doblez ninguna sino sencillamente y con abierto pecho y claras entrañas, ¿qué es lo que buscáis y lo que queréis? ¿qué es vuestro designio principal y propósito y a qué habéis venido a nuestras tierras? [...] Decidnos agora [...] primeramente si sois verdaderamente hijos de dios o si sois hombres mortales como nosotros, ¿o si tenéis alguna deidad, o si sois dioses y de qué partes del mundo sois venidos y a dónde vais que viaje es el que habéis traído y si es cierto que habéis bajado del cielo como se ha imaginado? (Muñoz Camargo, p. 175, parágrafo 279)

La formulación de estas preguntas en el asombroso libro de Diego Muñoz Camargo no consta en ninguna otra fuente antigua. Son las preguntas que todo investigador sobre la gesta de la conquista española considera factibles en las relaciones iniciales de los principales mesoamericanos, con Cortés, y que en este texto están formuladas con llaneza impecable. Es seguro que su formulación pasó por varios labios y acaso los ancianos con quienes entrara en comunicación el cronista las hayan conservado en tonos diversos y Muñoz las haya asentado con su claro y vehemente estilo literario.

La respuesta del capitán extremeño constituye un documento invaluable para entender toda la política de alianzas y todas las argucias diligentes y estratégicas que Cortés supo formular. También para ob-

servar –porque no es posible soslayar esta cuestión– la hipocresía y, para no dejar la observación sólo en términos morales, la dialéctica política existente en la mentalidad del ser renacentista, donde afloraron los elementos políticos de la relación íntima con la moral cristiana.

Cortés expuso largamente cómo el objeto de su visita y la misión encomendada por su emperador, rey del mundo, era la de mostrar que el destino de los indios era someterse enteramente; porque él era el abanderado de la verdadera religión, la que habría de quitar las vendas de los ojos a gentes como ellos, caídos en las garras de Satanás. Desde luego no hay otra mención a propósitos distintos en la visita de los exploradores de las nuevas tierras.

La conversión de los tlaxcaltecas al cristianismo es un factor obligatorio de sus combates contra la ancestral amenaza mexicana. Esta increíble enemistad se fue forjando desde los inicios mismos de la partida de las siete tribus salidas de las cuevas de Chicomoztoc. Competían por tomar la delantera en la búsqueda de parajes fructíferos donde asentarse. Halladas sus sedes definitivas, los migrantes nunca dejaron de competir por los parajes y poblados que encontraron. Bandas chichimecas siempre compitiendo entre sí. Los de Huexotzinco primero fueron dominados por los tlaxcaltecas y, en segundo lugar, por los mexicas, que los convirtieron en guardianes del paso de los tlaxcaltecas hacia el Golfo de México donde se aprovisionaban de sal, pescado y productos manufacturados. En la primera década del siglo XVI, como resultado de una guerra sangrienta entre huexotzincas y tlaxcaltecas, estos quedaron relegados a las faldas de la sierra del Iztaccíhuatl donde sobrevivieron a duras penas. Por otro lado, los tlaxcaltecas mantenían conflicto con los cholultecas, pero ambos reinos, Cholula y Huexotzinco, fueron sujetos por los mexicas.

Los chichimecas tlaxcaltecas primero se asentaron en Poyauhtlan, pero allí los combatieron los tepanecas culhuas mexicanos. Y para establecerse definitivamente en Tlaxcala en 1284, antes de que los mexicas se establecieran en México-Tenochtitlan, pues estos tuvieron que vivir sujetos de los culhuas una larga temporada, los tlaxcaltecas tuvieron que expulsar a unos remotos habitantes del lugar; después a otra población bien instalada, la de los ulmeca-xicalancas.

Los paralelismos históricos y mitológicos de tlaxcaltecas y mexicanos siempre estuvieron vigentes: los tlaxcaltecas salieron de Poyauhtlan porque su dios Camaxtle, en sueños, les indicó que todavía no era ese su lugar; del mismo modo a los mexicas les indicó Huitzilopochtli, en sueños también, que salieran de Atizaapan, tierra culhua, para ir a encontrar su lugar definitivo en el islote del lago de Texcoco.

El linaje chichimeca de los Maxixcatzin, si bien es cierto que salió de Poyauhtlan, se instaló en Cholula, y de allí, después de cuatro generaciones, se instaló en Tlaxcala presidiendo una de las cuatro facciones.

Pero la tierra culhua de los alrededores del cerro de la Estrella, donde fueron esclavizados los mexicas antes de partir hacia el islote del lago, fue cuna de los primeros gobernantes de Tlaxcala. Y su primer señor, el único, fue Culhuatecuhtli. Y este partió en dos la provincia de Tlaxcala, dando una mitad a su hermano Teyohuaminqui (Teyohualminqui) Chichimecatecuhtli (Muñoz Camargo, p. 98, parágr. 98-99). De este linaje desciende el último Maxixcatzin, el más importante señor que pactó con Hernán Cortés. Maxixcatzin viene de un linaje que fue masacrado hasta casi quedar extinto, pues asesinaron a uno de sus antepasados del señorío junto con sus descendientes, menos dos infantes que lograron esconderse y, a la larga, recuperar el reinado.

Cholultecas y huexotzincas, parientes de los tlaxcaltecas, pero sometidos por los mexicas, contribuyeron para mantenerlos cercados por espacio de sesenta años, al punto de que los tlaxcaltecas no podían acudir con sus vecinos para obtener algodón, plumas y sal de la costa. Su situación, pues, a la llegada de los españoles, era desesperada.

El fenómeno de la alianza indígena con Cortés tuvo su primer momento con la entrega de la Malinche en Centla; después, el encuentro en Cempoala, y decidida por su cacique, significó el intento de los totonacos por librarse del yugo mexica, pero significó también la habilidad política de Cortés para consolidar la alianza, cuyos móviles no podemos enumerar aquí.

Después sobrevino el pacto indestructible de españoles y tlaxcaltecas, que sería decisivo para la conquista de México. Su consolidación estuvo en gran medida determinada por la matanza de

Cholula, donde Cortés consumó un escarmiento a nombre de Tlaxcala; una advertencia a las escuadras guerreras de Tenochtitlan que cercaban a Cholula; un mensaje a Moctezuma que pretendió evitar el arribo de Cortés a la metrópoli. Así, el pacto tlaxcalteca-español se consolidaba, habiendo superado los obstáculos iniciales cuando Xicoténcatl el joven decidió enfrentar en guerra al grupo de Cortés procedente de Cempoala. Después de los arreglos de paz y del convenio final de cooperación mutua y ya a las puertas del asedio a Tenochtitlan, fueron 19 capitanes famosos de Tlaxcala los que pelearon junto a Cortés (Muñoz Camargo, p. 117, parágr. 138). Cada uno de estos capitanes encabezaba un muy numeroso escuadrón de guerreros experimentados.

Capítulo aparte es el de la religión entre los grupos nahuas, aspecto que en la historiografía resultó descuidado; no en cuanto a la consignación etnográfica de las fiestas, danzas y rituales, con especial atención hacia el misterio del sacrificio, como escribieran en sus crónicas fray Bernardino de Sahagún o Diego Durán, pero sí en cuanto a una evaluación teológica de la religión en relación con la conducta del individuo.

La verdad contenida en otras fuentes que apuntaban esta temática, aunque de una manera dispersa y descontextualizada, es que, por la naturaleza panteísta y politeísta de aquella religiosidad, el individuo actuaba por efecto estricto de los dogmas irrecusables de sus creencias.

Esto fue muy difícil de aceptar para la mentalidad occidental judeocristiana porque en ésta, como es sabido, había una intermediación entre el pecado y la herejía, que resultaba en una negociación que, mediante el arrepentimiento y el perdón, exoneraba al individuo que se desviaba. Estas dos actitudes devolvían al desviado hacia la estructura central de la religión.

Mientras que, por su parte, el hombre mesoamericano se regía *stricto sensu* con todos los preceptos de su religión y la elusión de los mismos era causa de muerte. Así, por ejemplo, entre los tlaxcaltecas, cuando había un parto acudían todos los familiares y amigos trayendo víveres, ropas y objetos diversos para la manutención del neonato. La ceremonia duraba entre 40 y 50 días hasta que la parida

se levantaba. A los invitados se les daba asiento, comida y bebida durante el festejo. Los visitantes entraban uno a uno ante la madre y recordaban en un discurso todos los atributos de sus antepasados, sobre todo las reglas éticas a que estaría obligado el recién nacido.

Cuando se construía una casa, por designación calendárica sus habitantes recibían la asignación de los dioses correspondientes, que deparaban una legislación estricta para sus moradores. Durante siete u ocho días festejaban con sus invitados en bailes y banquetes.

Había iguales festejos cuando obtenían pulque nuevo. “A todas las cosas que se hacían y obraban en la tierra lo hombres no habrían de ser guiados por su voluntad, sin primero invocar a los dioses de cada cosa, porque no se hacía nada sin la voluntad de ellos y a ellos como dioses y señores supremos, habían de enviar a la tierra lo que fuese conveniente para los hombres del mundo y a las cosas en ella creadas” (Muñoz Camargo, pp. 146-147, párr. 207-209).

El mundo no había sido creado sino que ya estaba hecho de antemano. El dios del mundo y de la tierra existente en esas condiciones, era Tlaltecútlí. Los cielos no fueron creados sino que eran sin principio (Muñoz Camargo, p. 147, párr. 210).

En las partidas de caza emprendidas en tiempos de seca participaba una muchedumbre. Cuando atrapaban un venado o un jabalí, lo abrían sacándole el corazón e indagando, como hacían los propios arúspices romanos, en sus entrañas, observaban si había restos de yerba verde, lo que era presagio de abundancia, y si la yerba estaba seca, de hambrunas.

La presencia divina era invisible y sólo escuchaban su voz. Y cuando se materializaba, era en forma del jaguar y de otros animales.

Creían que el mundo se había acabado en dos ocasiones, una por diluvios, la otra por vientos y huracanes que habían devastado la tierra y que así devastada bajaban las estrellas a poblarla. Y aún creían que habría un tercer final provocado por fuego. Y cuando llegaron los españoles se convencieron de que esa visita era presagio de ese final.

Sus diosas femeninas solían transformarse en cerros y sierras. Matlalcueye, hechicera y adivina, fue mujer de Tláloc. Ellas dejaron sus nombres en cerros y montañas para eternizar su memoria. Cuando Cortés pactó con los tlaxcaltecas, la montaña que está junto

a la ciudad se llamaba Matlalcueye, deidad que la habitaba. Y recibía ruegos y peticiones para propiciar la lluvia y fertilizar los sembrados. A partir de este pacto, la montaña cambió de nombre y recibió el de la Malinche, que se conserva hasta hoy.

A diferencia de los pueblos del llamado Viejo Mundo, donde el intercambio y la confrontación de ideas y segmentos culturales con muchos países fue una constante histórica, los mesoamericanos vivieron cerca de doce milenios aislados del resto del mundo, desarrollando sus profundas tendencias naturales hasta llegar a configurar una cultura singular que en muchos aspectos no tuvo comparación con ninguna otra del orbe.

Al fondo de su religiosidad se concentraron misterios indescifrables que son segmentos dogmáticos de aquella singularidad. Como ejemplo expongo dos fenómenos reportados por nuestro cronista de Tlaxcala, con las salvedades que pudieron haber existido en la mentalidad de un historiador hijo de español e indígena, heredero de los privilegios correspondientes a la clase de los principales tlaxcaltecas, bautizado, cristianizado y convertido en muy alta proporción a la cultura castellana.

De la captura de un enemigo en los encuentros guerreros se derivaba un ritual espectacular, que aún como sola narrativa de la crónica literaria sigue siendo en extremo impactante. Me refiero al rito derivado de la fiesta del *tlacaxipehualiztli*.

Se dijo que el cautivo en guerra, después de haber sido vestido con ropaje de la deidad correspondiente y de haber sido objeto de transfiguración con la deidad, merecedora de sumos cuidados y reverencias, desfilaba por la ciudad, donde recibía la devoción de la población, el respeto y veneración como si del propio dios se tratara. Festejado en banquetes constantes llevaba una vida holgada y lujosa y convivía con cuatro mozas asignadas a él como esposas. Llegado el día de la ceremonia ingería plantas llamadas medicinales que no eran sino enteógenos. En la piedra de sacrificio ubicada en la cumbre del templo mayor era sacrificado y se le extraía el corazón en oferta a la divinidad solar. Después era desollado y la piel completa la vestía su captor en batalla, para circular por calles y plazas donde era perseguido por una multitud de jóvenes hasta el cansancio. Si alguno se rezagaba, el *chipe*, que así se llamaba el disfrazado, lo atacaba fuerte-

mente hasta dejarlo malherido. Tal espectáculo era conocido como el “juego de *exquinan*” o Ixquina que era uno de los nombres de la diosa Tlazolteotl o “comedora de inmundicias”, divisa asignada para denotar la virtud divina de extraer el mal de los confesantes devotos.

Días después de este ritual continuaba otro donde aparecían por la noche unos jóvenes penitentes llamados *tlamaceuhque*. Estos portaban un pequeño brasero encendido a modo de coronas sobre la cabeza, desde que anochecía y hasta el amanecer. Iban de templo en templo, en silencio total en medio de la oscuridad, por espacio de un año. Era un voto de humildad hasta alcanzar algo de sus dioses.

Relatos del género aparecieron en la obra de religiosos cristianos empeñados en la compleja tarea de erradicar la idolatría e implantar el Evangelio. Con esta prevención, los estudiosos actuales debemos cuidar e indagar acerca de la factible veracidad de los hechos, con la ayuda comparativa de las fuentes y con la evidencia arqueológica. Cuenta mucho, desde luego, la revisión de los estudios recientes sobre los mismos hechos.

Por último, no queda sino subrayar que, de los tres tipos de las crónicas mexicanas del siglo de la Conquista, la escrita por hijos de españoles e indígenas contiene un supuesto dilatado o, si se quiere, anficológico, sobre los hechos; de ella nació, paralela a la narrativa histórica, una importante contribución a los orígenes de la literatura nacional.

Bibliografía

- Muñoz Camargo, Diego. 2013. *Historia de Tlaxcala*. Manuscrito 210 de la Biblioteca Nacional de París. Edición de Luis Reyes, Universidad Autónoma de Tlaxcala y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- Torre, Ernesto de la. 1994. “Tlahuicole y el sacrificio gladiatorio”, en *Lecturas históricas mexicanas*, tomo I, UNAM, México.

ANEXO. ANÁLISIS RETÓRICO-ESTILÍSTICO

En general sí tiene ritmo y, muy bien podríamos afirmar, un ritmo muy cercano a la poesía.

Si intentamos separar esta pequeña prosa de Camargo en versos, lo que encontramos es el hecho de que dominan los versos de acentuación par y número de sílabas impar.

En mi separación de la prosa del historiador tlaxcalteca en versos, yo conseguí 38 versos. De ese número, 27 versos tienen número de sílabas impar y por lo tanto el acento dominante es par. Los otros 11 son exactamente lo contrario: versos pares con acentuación impar.

Además, hay un sistema irregular de rimas exteriores, o sea de final de verso en donde puedes oír muchísimas asonancias y consonancias en el modo i-a con el acento en la “i”, por un lado y a-a con el acento en la primera “a”, por el otro. Es decir, como puedes observar desde el principio, de manera constante riman palabras como “despedían” y “ofendían” y también puedes observar rimas asonantes y consonantes con palabras como “daban”, “arrojaban” y “brava”. Además, un elemento interesante a lo largo toda esta composición son los acentos frecuentes en la vocal “u”, en palabras como “duras” o “desnudos”.

Muchas de las líneas que yo dividí en dos versos de arte menor podrían rearmarse en un verso de arte mayor, por ejemplo: “que el claro día / oscurecían” se puede leer de un sólo golpe: “que el claro día oscurecían”. De hecho, hay varios versos de esta naturaleza que son simétricos, que combinan o suman dos versos de 5 sílabas idénticos.

En tu envío hablas de que hay un ritmo épico. Yo creo que tienes razón porque sí es posible organizar la prosa de Camargo en versos de arte mayor en el modo clásico de las epopeyas en lengua española. Aunque en algunos casos, como podrás observar en mis separaciones, conviene formar versos de arte menor, versos de 5, 7 y, cosa rara, 8 sílabas. Conviene porque de esa manera puedes leer mucho más cómodamente el texto. Desde luego habrá quien piense diferente. Es cuestión de cómo manejas el ritmo. Decisión personal. Sobre todo desde el punto de vista moderno.

La repetición de los dos sistemas de rimas que te señalé contribuyen también de manera decisiva para que el texto tenga música. A esto

debemos añadir el hecho fundamental de la descripción de un hecho dramático, de una guerra en el momento más agitado de su violencia.

Por último, yo añadiría que me da la impresión de que este tipo de texto “híbrido” una prosa que suena a poesía o a la inversa –una poesía que suena a prosa– quizás es muy frecuente en esos siglos ya que era muy común que la fuerza tremenda de la poesía se introdujera en el paso de la prosa. En la actualidad ocurre lo contrario: la prosa contamina o trastoca o desbarajusta o enriquece –en los mejores casos– la cadencia de la poesía. Es un tema complejo porque habría que poder ver claramente cuando quedaron separadas las formas de la poesía y de la prosa.

	Verso	Número de sílabas	Acentos	Rimas
1	Allí las piedras duras	7	2-4-7	nada
2	con las tejidas hondas despedidas,	11	4-6-10	rima interior en ia
3	que con tempestuoso estruendo ofendían	11	5-7-10	rima exterior con verso anterior
4	y con sus duros golpes por los aires	11	4-6-10	nada
5	se despedazaban y deshacían	11	5-10	rima exterior 1
6	de los encuentros que se daban;	11	4-8	rima exterior 2
7	allí el torbellino de las saetas	11	5-10	nada
8	y varas tostadas que se arrojaban,	11	2-5-10	rima exterior 2
9	los brazos desnudos y verbosos	9	2-5-8	nada
10	con amientos de palo	7	3-6	nada
11	corvados y duros,	6	2-5	rima interior 3
13	que el claro día	5	2-4	rima exterior 1

14	oscurecían	5	4	rima interior 1
15	con espesa polvareda que el diáfano	11	3-7-10	nada
16	y cristalino aire	7	4-6	nada
17	espesaban,	4	3	rima exterior 2
18	entretejiéndose	5	4	nada
19	unos con otros,	5	1-4	nada
20	que los rayos del sol impedían	10	3-6-9	rima exterior 1
21	con su velocidad y furia brava,	11	6-8-10	rima exterior 2
22	que el campo belicosísimo asombraba,	12	3-7-12	rima exterior 2
23	según la muchedumbre	7	2-7	nada
24	de tiros y saetas	7	2-6	nada
25	que por los aires volaban	8	4-7	rima exterior 2
26	con increíble ímpetu y espesura;	11	4-5-10	nada
27	pues del daño y ofensa	7	3-6	nada
28	que de la una y de la otra parte	8	3-6-8	nada
29	se hacían,	3	2	rima exterior 1
30	la sangre vertida y derramada	10	2-5-9	rima exterior 2 asonante
31	de los miserables	6	5	nada
32	cuerpos muertos y heridos,	7	1-3-6	nada
33	que por los cerros	5	4	nada
34	y collados corría,	7	3-6	rima exterior 1
35	que como avenida de agua llovida	11	2-5-7-10	rima interior y rima exterior 1 asonante

36	puede ser comparada,	7	1-3-6	rima exterior 2 asonante
37	que por imposible caso	8	5-7	nada
38	supone poder contallo.”	8	2-5-7	nada